# Quienes viven

ARCHIVO

**ANNIE DILLARD**
Traducción de Mónica Rubio
Sabina Editorial. Madrid, 2016
509 páginas, 26€

Annie Dillard (Pittsburgh, 1945) obtuvo el premio Pulitzer de 1975 en no-ficción por *Una temporada en Tinker creek*, una narración de corte autobiográfico que acaba de publicar Errata Naturae y donde, al estilo de los Trascendentalistas, narraba sus impresiones personales al contemplar la naturaleza y la vida en el entorno del arroyo Tinker en su casa de Roanoke, en Virginia. Resulta pertinente tal información biográfica porque, más allá de la significativa referencia al prestigioso premio, la naturaleza y la reflexión sobre la existencia vuelven a ser recurrentes literarios en su primera obra de ficción, titulada *Quienes viven*, que ahora publica Sabina Editorial. En ella recrea la vida dura de los primeros pioneros que llegaron a las costas del entonces salvaje territorio del noroeste de los Estados Unidos, en lo que hoy es el estado de Washington.

En los siete capítulos de esta novela se narra la vida de quienes en la segunda mitad del siglo XIX se asentaron en Whatcom, en la bahía de Bellingham, un territorio ocupado entonces por los indios Loomi. Las cinco primeras familias –los Fishburn, los Sharp, los Ireland, los Honer y los Obenchain– encarnan el espíritu pionero que conformó la esencia de Norteamérica. Se trata de una narración de corte épico en donde la vida dura, el contacto con los nativos, la impresionante naturaleza, la violencia y la muerte son los condicionantes que marcarán las vidas de Ada Sharp, John Ireland o Beal Obenchain.

Los primeros cuatro capítulos se dedican a emplazar cada una de las familias recreando las motivaciones que les condujeron a abandonar su vida anterior, como los aristocráticos Eustace y Minta Horner, que decidieron abandonar la "civilizada" Baltimore en busca de un sueño en la otra punta de la nación. En los tres últimos se desarrolla la saga de las referidas familias recreando su evolución y cómo aquella pequeña comunidad original había crecido constituyendo una sociedad más sofisticada, ajena a cuanto encontraron los primeros en llegar.

En su libro de teoría literaria pulveriza Dillard –profesora de literatura en la Universidad de Wesleyan– la canónica división entre autores Modernistas y Posmodernistas y, según entiendo, son esas reminiscencias, ese gusto por establecer la continuidad literaria, el sustrato teórico que abona esta novela, donde encontramos reminiscencias de *El último Mohicano*, en sus evocaciones a la naturaleza; a la Willa Cather de *O pioneros!*, por su retrato de la dura vida de los primeros colonos, o al Steinbeck de *Al éste del Edén*, en lo relativo a las sagas familiares.

Dillard recrea la vida y tribulaciones de tal número de personajes que *Quienes viven* puede considerarse una novela coral –Ada Sharp es la única que sobrevive de principio a fin–. La interrelación entre todos ellos está magníficamente hilvanada, aunque el deseo de abarcarlo todo produce la sensación de no aportar nada nuevo. Solo el malvado Obenchain –como la Kate de *Al este del Edén*– añade esa pizca de pimienta, de conflicto, necesaria para atraparnos en la lectura. **JOSÉ ANTONIO GURPEGUI**

# Unas gotas de aceite

**SIMONETTA AGNELLO HORNBY**
Traducción de Teresa Clavel
Gatopardo, 2016. 272 pp., 9'95€

Hay libros que rezuman lujo, misterio, violencia, pasión. Otros, en cambio, destilan nostalgia de la infancia, de la felicidad perdida, y huelen a aceite, a pan recién horneado con aceitunas o anchoas, a campos segados, a cocinas de leña... Es el caso de *Unas gotas de aceite*, la deliciosa (en más de un sentido) novela autobiográfica de Simonetta Agnello Hornby (Palermo, 1945).

Conocida por novelas como *La menulara* (Tusquets), traducida a 19 idiomas y galardonada con los premios Forte Village, Alasso Centolibri y Stresa, Agnello Hornby recupera en *Unas gotas de aceite* a la niña de posguerra que fue, y se planta con su familia y el servicio en Mosè, la finca familiar cerca de Agrigento donde pasaba sus vacaciones con decenas de primos y amigos, embarcados en aventuras como construir cada año un coche de madera y cartón mejor que el anterior, buscar un tesoro bajo los olivos o curiosear un poco en vidas y sentimientos ajenos. Y siempre, en cada capítulo, una receta asociada a momentos muy concretos del día o de la estancia, como el café con canela y chocolate de Rosalía con el que la mujer del capataz les recibía cada año cuando llegaban. Es tal el protagonismo de olores y sabores en esta novela que al final se ofrece una treintena de las recetas citadas en el libro, según la versión de la hermana de la autora, Chiara. Sí, un libro delicioso. **ELENA COSTA**